

Wolfram Aichinger

«Si está parida la gata».

Partos animales en la vida cotidiana y en el pensamiento poético del Siglo de Oro¹

Universität Wien
wolfram.aichinger@univie.ac.at

Quien busque diferencias entre nuestra modernidad occidental y los Siglos de Oro acaso debería incluir el problema de la procreación: acontecimiento aislado y confinado a clínicas especializadas hoy, parte integral de la vida cotidiana en tiempos no tan remotos. Y si el parto humano ya no es parte de la experiencia consuetudinaria y familiar, tampoco lo son los partos de animales en una sociedad de mascotas esterilizadas por un lado y de cría masificada a cargo de una industria que se desarrolla a prudente distancia de los hogares de los consumidores por el otro.

Si por arte de magia nos trasladáramos al Siglo de Oro, en cada esquina, casa, taberna, posada, establo, pajar, hospital, cárcel o enfermería nos topáramos con señales de la vida que se empeña en ser renovada y no cesa en su pugna con una muerte ubicua e insaciable. Las crónicas nos presentan sucesiones interminables de embarazos, «desengaños» de embarazos, partos, malpartos, abortos espontáneos, abortos provocados, partos de criaturas muertas, muertes de sobreparto, infanticidios y exposiciones, entierros de niños de corta edad y variados remedios y rituales para estimular la fertilidad, sin olvidar la alegría desbordante desatada por el nacimiento y bautizo de un niño sano y fuerte.

Toda la vida está *empapada*, valga el símil, por el asunto procreativo, tanto en la sociedad humana como en su convivencia con los animales. Queda mucho por

¹ Revisado por Fernando Sanz-Lázaro. Publicado como parte del proyecto FWF *The Interpretation of Childbirth in Early Modern Spain* (FWF Austrian Science Fund, P 32263-G30).

descubrir², y he aquí algunas propuestas y testimonios concernientes la protección de hembras preñadas, las interferencias entre lo humano y lo animal, así como el impacto del parto animal en las sensaciones e imaginaciones.

Burras y yeguas. Preñados dignos de protección

La pastora, el ganadero, el caballero o arriero de siglos pasados trataban con animales en su día a día. Y si las bestias enfermaban y dejaban de parir, hacienda y hogar podían echarse a perder. Convenía conocer y observar las fases procreativas de una vaca, una oveja, una marrana o una burra. Una burra no se percibía como burra en estado inmutable, sino que era una burra en celo, preñada o parida y, según el estado que le tocaba, cambiaban los cuidados que recibía y las labores a las que se sometía.

¡Malhaya quien osara tratar mal a una yegua preñada! Su descuido para con este cuadrúpedo tanpreciado podía llevarle a un tribunal, a una cárcel. Así le pasó a Estaban Serrano, vecino de Bobadilla del Campo (Valladolid) en 1583. Cometió la torpeza de coger una yegua de la propiedad de un tal Juan Fernández, sin permiso de este, «para vigilar los términos y pastos de dicha villa, agotándola de tal forma que le provocó un aborto».

No fue un caso singular: unos veinte años más tarde, en Carrión de los Condes (Valladolid), se le acusa al dueño de un caballo de no haber impedido que este, por exceso del ímpetu propio de su sexo, le causara un parto antes de tiempo a una yegua. Otra acusación parecida por «daños» se asienta en Zurbara (Álava) en 1694³.

Son testimonios reñidos con la brutalidad del refranero de Gonzalo Correas (1571-1631), a quien el tema le vale esta entrada: «la burra preñada, cargarla hasta que para, y después de parida, cada día»⁴ (refranero de Gonzalo Correas (1627). Una de tres: o son más sufridas las burras que las yeguas, o estas últimas mucho más dignas de protección, o simplemente: al refranero tampoco hay que tomárselo al pie de la letra.

² Ver para un panorama que se extiende desde la Antigüedad hasta el presente la publicación reciente de Nick Hopwood, Rebecca Flemming, Lauren Kassell (ed.), *Reproduction. Antiquity to the Present Day*, Cambridge, University of Cambridge, 2018.

³ Los casos están en el Portal de Archivos Españoles (PARES).

⁴ La sensibilidad hacia los diferentes estados de los animales ya se observa en las *Geórgicas* de Virgilio, por ejemplo, en el verso 157 del Libro III: «Post partum cura in vitulos traducitur omnis», que Ochoa traduce por «después que hubieren parido, convierte todo tu cuidado hacia los becerros». Esta preocupación por las transformaciones fisiológicas de los animales persiste en los clásicos del siglo XX. En su cuento *El prodigio* (1993) Francisco Ayala introduce una «marrana parida del molino, que ahora iba huyendo y gruñendo ante una patulea de chicos desgreñados», culpable de haberse comido la oreja, una mano y parte de la cara de un pobre niño indefenso. En *La familia de Pascual Duarte* (1942) de Camilo José Cela, la perra cuyos cachorros mueren en el vientre de la madre es símbolo del infeliz matrimonio del protagonista.

Parto humano de cachorros y malparto de un cordero pasado por humano

La evolución de las especies se repite en cada embarazo individual en un proceso de tránsito y de rápidas transformaciones. De ahí, entre otras razones, los mitos y cuentos en que las madres paren animales y los partos de animales que pueden confundirse con criaturas humanas; lo humano y lo animal se reflejan mutuamente, y el caudal de partos monstruosos conservados en relaciones de sucesos y romances de ciegos —géneros siempre ávidos de colores fuertes— incluso salpica las obras de los maestros del realismo escéptico. Da fe de ello la madre humana del can Berganza en el cervantino *Coloquio de los perros* (1613). La mujer ha de dar a luz a dos cachorros por culpa de un maleficio.

Por otra parte, el Renacimiento italiano —época dada a lo sangriento, lo tétrico y lo oculto—, nos ha legado esta historieta: la cortesana Nanna está casada con un mercader, quien desea fervorosamente que su esposa le dé un heredero varón. La mujer, entonces, finge un embarazo y un malparto provocado por una caída. Acto seguido manda que se le lleve al marido «in un catino di acqua tiepida una figurina di carne di agnellino non nata che averesti detto che fosse una sconciatura⁵». El marido se deja engañar, llora la muerte del falso hijo, lo viste y lo entierra, deplorando el hecho de que la criatura no haya recibido el agua bautismal.

Quien cuida de preñados de animales puede acudir al rescate de una parturienta en peligro de muerte. Un pastor, hábil en la extracción de un feto del vientre de una oveja, puede hacer las veces de la matrona o del cirujano en caso de gran necesidad y abrir a una mujer con su navaja para sacar al niño muerto que, de permanecer en el útero, mataría a la madre. Acabamos de resumir la breve lección obstétrica que el médico aurisecular Juan Ruices de Fontecha da en su exitosa y difundida obra *Diez privilegios para mujeres preñadas* que se publicó en 1606⁶.

Los humanos somos vivíparos y vivíparos son nuestros animales más preciados; además, tanto en los hogares como en los establos y praderas, la leche procura la primera crianza de la prole. Solemos prestar poca atención a los efectos culturales y filosóficos de este parentesco y de la similitud de las primeras atenciones dados a un

⁵ Pietro Aretino, *Ragionamenti* (1534). Traduce la edición de Paul Larivaille: «un beau jour je me laisse tomber lourdement par terre; et feignant d'avoir fait une fausse couche, je lui fais apporter dans une cuvette d'eau tiède un fœtus d'agnelet mort-né qu'on aurait pris pour un fœtus humain».

⁶ «Adonde no hay cirujano suficiente para hacer esta obra suelen poner a la pobre preñada en manos de unos pastores carniceros, que bien experimentados de matar ovejas, sacándoles las corderillas muertas y vivas está recebido que hacen bien esta obra de sacar las criaturas de los vientres de las mujeres». (El texto fue transcrito por Nina Kremmel, a quien agradezco el haberlo puesto a mi disposición.) Cabe mencionar que los grandes descubrimientos del siglo XVII en lo referente a la procreación humana se deben al microscopio y a la disección de animales (ver por ejemplo Jacques Gélis, *La sage-femme ou le médecin. Une nouvelle conception de la vie*, Paris, Fayard, 1988; Katherine Park, Katherine, *Secrets of Women. Gender, Generation, and the Origins of Human Dissection*, New York, Zone Books, 2010).

ser recién llegado al mundo; ansiosos por trazar una línea bien definida entre «hombre» y «bestia», pasamos por alto el ingente número de preceptos morales que provienen del mundo de los animales. Baste aquí el ejemplo de la lactancia. Para denostar a las madres que no quieren dar el pecho, los escritores áureos una y otra vez aducen el ejemplo de las hembras lactantes. Las fieras dan leche a sus cachorros, sostiene Francisco Núñez en su *Libro del parto humano* (1580), por lo tanto, es gran «inhumanidad [sic]» si una hembra humana se niega a dar el pecho a su prole.

La gata parida y los ojos de los gatillos

*Animals are good to think with. Animals are good to reason with*⁷. Las gatas, tan cercanas al hombre y al mismo tiempo tan reacias a revelar los secretos de sus andanzas y trajines, inspiraron un surtido repertorio de metáforas y dichos; dichos que a su vez remiten a escenas de la convivencia con este felino, tolerado en las casas, pero nunca del todo libre de sospechas de traición, brujería y designios malévolos.

Lo cierto es que su concebir, parir y amamantar impresionó sobremanera a los convecinos humanos⁸. Al parto de la gata podía seguirle gran alboroto en una casa de Madrid: «Ven presto», exclama la criada Clara —criada de comedia lopesca—, «que si los oyes, / dirás que parecen niños, / y darás a la parida / el parabién de los hijos», a lo que contesta Finea: «¡No me pudieras contar / caso para el gusto mío, / de mayor contentamiento!». Sin embargo, Lope no inserta la relación de manera gratuita. La fertilidad de la gata es metonimia y anticipo del paso que dará la protagonista a la menarquía, al matrimonio y a la procreación⁹.

¡Ojo con las gatas paridas, se mueren de hambre y no hay delito que no cometieran para salvar a su camada! Fiarles una «vara de longaniza» es lo mismo que «fiar oro sin cuento» (Lope de Rueda *dixit*, *Comedia Eufemia*, 1576). La gata parida llega a ser sinónimo de gata famélica «porque anda muy flaca, dando leche a sus gatillos» (*Tesoro de la lengua española o castellana* del año 1611 bajo la voz *gata*).

Es más: una casa habitada por una nueva generación de gatos cambia de ambiente, sobre todo en las horas nocturnas; se llena de ojos que brillan en la oscuridad. Estos ojos admiraron y asustaron. Brillaban junto a velas, hachas y lámparas. Y —curiosa maniobra del pensamiento poético— la expresión derivada de la observación ve en esos ojos un posible sustituto de las costosas luminarias de cera, aceite o resina. Así,

⁷ Traduzco y desarrollo la segunda parte de la frase de Claude Lévi-Strauss: «Les animaux ne sont pas seulement bons à manger, ils sont aussi bons à penser».

⁸ Las novelas, cuentos folclóricos y entremeses del pasado podrían propiciar no pocos ejemplos: Jacinta, por solo mencionar uno, esa Jacinta infeliz de *Fortunata y Jacinta* de Benito Pérez Galdós, cuyo deseo de tener hijos no se cumple, se desespera por salvar a unos gatitos que se están ahogando en las alcantarillas de Madrid.

⁹ Para el texto de *La dama boba* ver Fernando Rodríguez Mansilla, «El parto de la gata como tema burlesco», *Hipogrífo. Revista de literatura y cultura del Siglo de Oro*, 8.1, 2020, pp. 161-173.

nos las vemos con el padre colérico y malhumorado que entra en una casa y censura el derroche de luz exclamando: «¡Si está parida la gata!»¹⁰ Entiéndase: ¡bien se podría ahorrar dinero guisando, cosiendo o hilando a la luz de ojos gatunos!

Difícil nos resulta hoy, deslumbrados por tantas lámparas en las ciudades, imaginar una casa de noche iluminada por gatitos recién nacidos. Solo nos quedan las palabras, espectro de una pretérita vida cotidiana; la expresión hecha nos da una —pálida— idea de las sensaciones del pasado y de los ojos en que se reflejaron las luces y sombras de los siglos¹¹.

¹⁰ Explica Covarrubias: «Cuando están muchos candiles encendidos por la casa suele decir el señor della, pareciéndole que algunos se podían escusar: si está parida la gata. [...] cuando la gata ha parido cinco o seis gatillos, hay muchos ojos relucientes que parecen lumbres». Gonzalo Correas da una definición parecida.

¹¹ No solo la cultura europea fantasea con partos de gatos mezclando lo gatesco con lo humano, «the Azande also fear a species of wild cat called *adandara*. They live in the bush and are said to have bright bodies and gleaming eyes and to utter shrill cries in the night. Azande often say of these cats, “It is witchcraft, they are the same as witchcraft.” The male cats have sexual relations with women who give birth to kittens and suckle them like human infants. Everyone agrees that these cats exist and that it is fatal to see them. It is unlucky even to hear their cries. Women who have such cats are believed to *show* them to persons whom they wish to injure» (Arne Runeberg, *Witches, Demons and Fertility Magic*, Helsingfors, Societas Scientiarum Fennica, 1947, p. 42).